

Mater Purísima

Núm. 135

Noviembre 1933

Año XII

TU IDEAL

EL VIGOR DEL DEBER

¿No adviertes, examinándote bien, que el cumplimiento de tu deber tiene hoy muchos contrarios?

Unos proceden de tu mismo natural tal vez vivaz y rebelde en demasía a toda sujeción, tal vez indolente y gastado con sobra de libertades y antojos tal vez egoísta y sensual o dominado por otras pasiones, hoy más atizadas por el ambiente.

Otros proceden de los escándalos del mundo exterior; de ese mundo tan fértil en medios de perversión, de ese mundo que, negando a Dios, se burla de toda autoridad, religiosa, doméstica, docente, patronal, civil... porque todas ellas sin Dios son fantoches que estorban; de ese mundo que ha criado un espíritu de independencia que no admite barrera alguna, un furioso individualismo que se encierra en sus goces personales sin consideración a nada.

Fíjate en ciertas jóvenes ¡Con qué indiferencia, fastidio o secreto menosprecio miran a la Iglesia, con

qué desgana rezan o asisten a los actos religiosos indispensables! ¡Con qué altanería tratan a sus padres, como gritan a la menor contradicción, como resisten a sus mandatos más hacederos! ¡Con qué frescura critican y hacen la caricatura de sus más respetables superiores! Y si al cabo se someten a ellos es no por respeto a la autoridad, por amor a Dios, a la justicia o al bien honesto, sino por la ineludible conveniencia de guardar las espaldas o de conseguir una risueña posición.

Es que la novela, la revista, el cine, amigas y amigos, discípulos de la nueva sociedad, no respetan leyes ni autoridades teniendo la propia utilidad y regalo por única ley y por única moral.

¿Dónde ha ido a parar el deber sin el apoyo de Dios!

Mas tú crees en El y le temes, desentendiéndote con decisión de esas falsas escuelas y halagos atiende al valor del deber.

Todo en el universo, aun las cosas inanimadas, tienen leyes que guar-

dar y deberes que cumplir. Si se cumplen hay orden, paz y bienestar.

También a tí, criatura racional y libre, ha señalado Dios leyes y deberes. Es la condición para que tu vida se mueva bien encauzada, para que siguiendo tu propia órbita descanses en actividades ordenadas y alcances tu fin.

El que llena su obligación triunfa, se siente satisfecho, tiene delante de sí una placentera perspectiva, tiene la seguridad de que su acción será galardonada.

Mira, pues, con alto aprecio tu deber, como un don de Dios, como un hilo de oro que te enlaza felizmente con El, como alas que te permiten volar a tu felicidad, cuál es mi deber.

No digas, no sé muchas veces cual es mi deber.

Tú sabes que si los superiores te mandan algo, has de obedecer no discutiendo sino rindiendo tu juicio,

no quejándote ni resistiendo sino sujetando tu voluntad, no desperezante sino con prontitud y gozo.

Tú sabes que no hay hora sin algún deber. Cuando te vistes, cuando comes, cuando trabajas, cuando te recreas en la iglesia, en la calle, en el trato con los demás, en el uso de tus sentidos y de los objetos que te circuyen.

¿Cómo lo reconocerás? Con la oración y reflexión, con el examen de ti misma, sosegando tu interior.

Esto me lleva a hablarte de la necesidad del orden en tu vida. Será objeto de otro artículo.

Al entretanto deseo cobres gran amor a la cruz fecunda y suave del deber y aborrezcas la angustiada disolución y libertinaje de nuestro mundo que lo tiene por insoportable.

F. E.

Palma Octubre 1933

PALADÍN DE LA CAUSA DE DIOS

«El Apocalipsis—decía San Dionisio de Alejandría—es tan admirable como poco conocido. No entiendo sus palabras, conozco no obstante que encierran grandes sentidos bajo su profundidad y obscuridad... las creo más elevadas sobre mí, que no es posible alcanzarlas... las adoro y reverencio».

El libro de las revelaciones hechas a San Juan durante su destierro en la isla de Patmos, está, ciertamente, lleno de misteriosas obscuridades. No hay, empero, capítulo en que no se halle alguna luz en medio de tan sagrada obscuridad.

El capítulo XX, p. e., algo oscuro en lo del milenarismo, tiene un final luminoso al describir la segunda resurrección que me evoca un pensamiento que año tras año me viene sugiriendo el mes de los muertos: el pensamiento del sepulcro olvidado.

Después vi—dice el evangelista—un gran solio reluciente y a uno sentado en él, a cuya vista desapareció la tierra y el cielo y no quedó nada de ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, estar delante del trono y abriéronse los libros de las conciencias: y abrióse también otro libro

que es el de la vida y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros, según sus obras.

El mar, pues, entregó a los muertos que había en él y la muerte y el infierno entregaron los muertos que tenían dentro; y se dió a cada uno la sentencia según sus obras».

¡El mar entregará a los muertos! Habrá pintor que sepa presentarnos semejante lienzo? Al mar nos es fácil concebirlo como un gigante que extiende su poder acuático a toda la magnitud de la tierra, que abarca con sus brazos la circunferencia del orbe, que toca todos sus continentes, que ruge, que zumba, que cabrillea, que se desencadena furioso; que ora se tiñe con colores de sangre, ora se viste de manto azul con que nos acaricia suavemente.

¿A quién se le ocurre, empero, representarse el mar entregando los muertos que tiene dentro?

Y sin embargo, aunque sepulcro olvidado, él es una sepultura inmensa, que guarda los despojos de millones de seres humanos que no podrían hacerse suyos los versos del autor de la Divina Comedia (Inf. III, 112);

Como en otoño se caen las hojas
Una después de otra, al fin la rama
Rinde a la tierra todos sus despojos
Al mar se rindieron más de 330 na-
vios de vapor y más de 1.000 veleros
desaparecieron con las tripulaciones en
el solo transcurso del primer año de la
Guerra Europea, cuando la obra des-
tructora de los zeppelines apenas se ini-
ciaba.

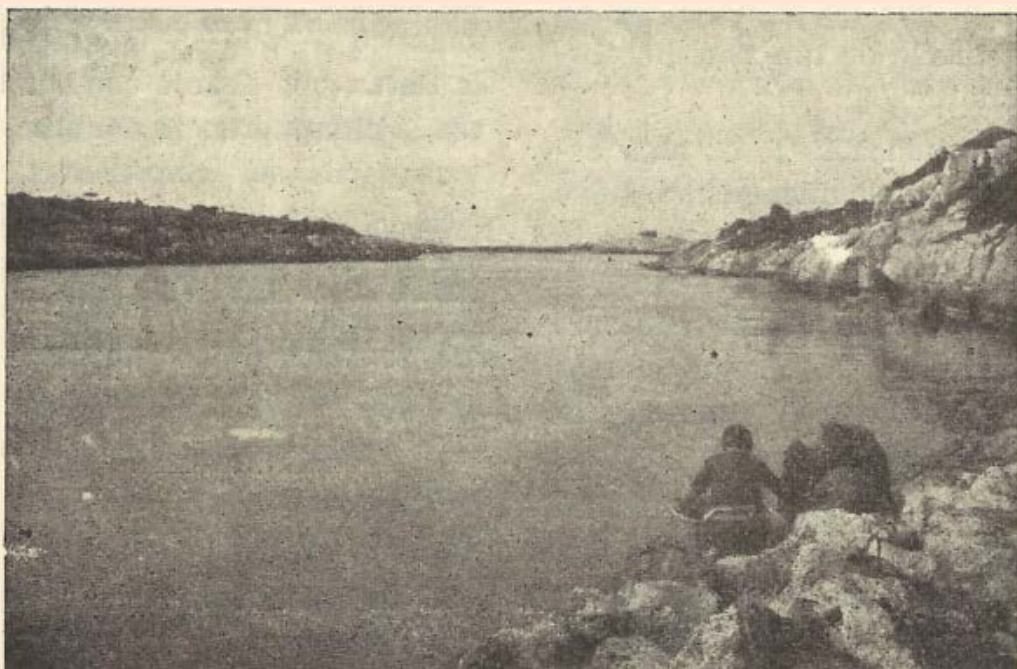
Juntemos los naufragios habidos des-
de las naves fenicias a las motonaves
contemporáneas, las derrotas navales su-
fridas desde los cartagineses hasta nues-
tras guerras coloniales para no hablar
de la Gran Guerra Mundial, ni las víc-

timas de la moderna aviación que ya
se cuentan por millares, ni de las ex-
plusiones como la de la «Liberté», ni
de catástrofes como la de la «Villa
d'Alger» la del «Titánic», la del «Em-
press of Freland» y tantas otras.

Ante la falange espantosa de estos se-
res humanos lanzados al sepulcro ig-
norado del mar inmenso, se confun-
dirá nuestro cálculo y nuestro corazón
se oprimirá de una angustia, que nos
haría recordar en la conmemoración
anual de los fieles difuntos el pensamien-
to del águila de Patmos: el mar que
entregará los muertos que hay en él.

Justino Ripalda

Campos del Puerto, Setbre. 1933.



“Al mar no es fácil concebirlo”...

AZUCENA EN CAPULLO

(Continuación)

Aquel mismo día informó de la vocación de Clara a toda la familia, así como también de haberle dado consentimiento para que siguiera el camino que le señalaba el Señor.

Poco después escribió a la Rvdma Madre Alberta Giménez, Superiora General del Instituto la siguiente carta:

Rvdma. Madre Alberta Giménez, Supra General de las Religiosas de la Pureza.—Palma.

Ciudadela, 25 de Marzo de 1911.

Reverendísima Madre: Cuatro años y medio hace que por vez primera llegué a las puertas de ese Real Colegio, demandando para mi hija Clara un puesto en el Pensionado.

Admitida como educanda supo corresponder a los desvelos y maternales cuidados de sus Profesoras, así como también al sacrificio que costaba a sus padres la separación de tal hija. Durante el tiempo que allí permaneció adquirió el título de Maestra, practicó sus deberes de colegiala y aprendió a sentir y pensar según las máximas de santa y sublime enseñanza que V^a R.^a y demás Religiosas infiltraron en su alma.

Entonces deseaba estudiar la carrera del Magisterio, hoy pretende co-

menzar otra carrera más elevada más gloriosa.

Impulsada por la fuerza de divinas inspiraciones, golpea de nuevo las puertas de esa Casa; va en busca del Amado de su alma. Únicamente ansia depone sus triunfos materiales y los halagos de un mundo trivial y vano a los pies de Aquel que es *salud y vida*, y ocupar un puesto en el coro de las Vírgenes.

V.^a R.^a conocería ya el deseo de esa alma enamorada de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima por la petición que ella misma le hizo meses atrás; yo, vengo ahora como padre, a preguntarle en su nombre y en el mío propio, si habrá inconveniente en admitirla para formar parte de ese benemérito Instituto que V.^a R.^a tan dignamente dirige, puesto que siente ella vocación especialísima hacia El y sólo apetece vestir el hábito de religiosa de la Pureza y consagrar su vida entera al Divino Redentor.

Como padre, sentiré en el alma una separación que ha de durar mientras dure la vida, pero como cristiano y católico no solamente acataré la voluntad de Dios, sino que me gloriaré de que mi hija tan querida, lejos de las pompas mundanas sea muy dichosa viviendo esa vida de gracia, elevando

vando su oración a favor de sus amantes padres entre el incienso del santuario y el perfume de pureza y demás virtudes que ahí se practican y son tan gratas al Altísimo.

Caso de que mi hija sea admitida, ruego a V.^a R.^a se digne indicarme los documentos, ropa y demás que se necesite.

Si se llevara a cabo su admisión, pensábamos que saliera de aquí acompañada de su mamá, el 28 de Abril, si Dios no dispusiera otra cosa, a fin de que pudiera ya principiar el mes dedicado a la Santísima Virgen en medio de Vds. Espero saber de V.^a R.^a si o no le parece bien.

Perdone tanta molestia en medio de sus múltiples ocupaciones. No he podido demorar más tiempo la satisfacción de los deseos de mi hija, por eso dirijo la presente a V.* R/; suplico su benevolencia para conmigo.

Dígnese saludar en nuestro nombre a esa Rda. Comunidad y disponga V.^a R.^a de este su atento S. S. Q. B. S. P.

José Forcada

Esta carta revela una admirable grandeva de corazón, una alma hermosísima en la que Dios imperaba.

La Rvdma. Madre General y todas las Religiosas, conocían perfectamente la virtud y bellas cualidades de Clara, así que, inmediatamente fué admitida con verdadera satisfacción y gozo.

Desde el momento en que ella lo

supo, hizo todos los preparativos con grandísima alegría. Sin conmoverse lo más mínimo repartió sus alhajas entre sus hermanos, y al mayor de ellos, que estaba en Córdoba, le escribió la siguiente carta:

Sr. D. Antonio Forcada - Córdoba.
Ciudadela, Abril de 1911.

Querido Antonio: En una de las tuyas que recibí papá, dices que si no me escribes no me enfade, pues en Córdoba escasean la tinta y el papel. No estoy enfadada, y prueba de ello es que, sin ninguna a que contestar vuelvo a escribiite.

Mi carta será una despedida. Extrañarás quizá semejante expresión, ahora que, terminados mis estudios parece no había de salir ya de mi boca; sin embargo, querido hermano, repito que me despido. Os dejo a vosotros, a quienes amo y amaré siempre mucho, para obedecer a Dios y seguirle más de cerca.

Renuncio a las comodidades, a los goces y placeres mundanos, para ir en busca de otros goces, de otros placeres y de otro bienestar.

Abandono nuestra casa para vivir en otra mansión, morada de almas escogidas y asilo de pureza y virginidad, donde encontraré bienandanzas y placeres más puros, más sublimes, más santos; allí gustaré el misterioso y dulce bienestar que produce el sacrificio. Voy a abrazar la cruz de Cristo pa-

ra vivir con ella y en ella morir.

No ambiciono nada de la tierra, sólo aspiro a la corona de la inmortalidad

Seguramente me habrás comprendido.

A fines de este mes, D. m., saldré de aquí, con el permiso de nuestros papás, para ingresar el primero de Mayo en el Instituto de las Religiosas de la Pureza.

Allí podrás dirigirme las cartas si alguna que otra vez, no escaseándote el papel y la tinta, quieres escribirme; las recibiré muy gustosa. Para ti y para todos seré siempre la misma. Rogaré mucho por vosotros a fin de conseguir las bendiciones del cielo, y espero que el Señor escuchará mis pobres oraciones, no por lo que valen, ya que salidas de mis labios pecadores son muy imperfectos, sino porque las oraciones de las Religiosas tienen un doble valor en la presencia del Altísimo.

Adiós pues; me despido en la tierra para encontrarnos en la patria eterna y bienaventurada.

Todos tenemos un mismo fin, pero a cada uno señala Dios un camino, por eso voy a emprender el que me ha trazado para llegar pronto a la meta y obtener el premio de gloria impercedora que deseo disfrutar en vuestra compañía.

En el cielo confío encontraros a todos; Adiós.

Tu hermana que siempre te quiere y nunca te olvida.

Clara

Antonio, de corazón tan bueno y cristiano como el de sus padres, abrazó con entera voluntad la decisión de su hermana, pero la amaba con ternura extraordinaria y no pudo menos de sentirse profundamente afligido al ver truncada para siempre la esperanza que hasta entonces acariciara de estar algún día a su lado.

Guarda con gran veneración y respeto su carta de despedida.

Escrita con la sencillez e ingenuidad con que se escribe a un hermano en ella se reflejan los sentimientos más íntimos y delicados de su alma.

«Os dejo—dice—a vosotros, a quienes amo y amaré siempre mucho, para obedecer a Dios y seguirle más de cerca.»

¡Qué fidelidad en corresponder a las inspiraciones de la gracia, y cuánto vencimiento de la naturaleza sensible supone esto!

Luego añade: «No ambiciono cosa alguna de la tierra.

Renuncio a las comodidades y placeres mundanos.»

En efecto; su espíritu se cernía muy alto, y tanto llegó a remontarse, que todo lo efímero y mudable desapareció de su vista y fué para ella como si no existiera.

«Voy a abrazar la cruz de Cristo, para vivir con ella y en ella morir.»

No la impulsaba, pues, su inclina -

ción natural a la dulce quietud y reposo que siempre reina en el *santuario de las vírgenes*; ni se forjaba ilusiones, imaginándose que en la Religión iba a encontrar muchas flores y ninguna espina; sabía muy bien que la felicidad perfecta es flor del cielo y que el cielo no está en la tierra; además tenía muy presentes aquellas palabras del Salvador: «*El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame.*»

No olvidaba tampoco que, *amar es sacrificarse*, y que la cruz ha sido siempre el distintivo de las almas grandes y la señal más cierta del verdadero amor. Por eso, abrasada en las llamas de una caridad ardentísima, buscaba con afán el medio de atestiguarla, y sólo ambicionaba hermo-sear su alma con la majestad sublime del dolor,

(Seguirá)



Payés mallorquín

H O R A S D E L U C H A

Cuando la patria se encuentra en peligro, al pretender las huestes enemigas asaltar los muros de la capital, pasarla a sangre y fuego, después de haberse enriquecido con precioso botín, cuando el retumbar del cañón hace arder en los corazones la llama ardiente del patriotismo y el sueño de los niños es arrullado por el grito de guerra, apréstanse todos para la lucha, grandes y pequeños; los hombres empuñando las armas y el que no lo hace es llamado cobarde y traidor, las mujeres con los brazos extendidos como Moisés con la oración.

El enemigo está a las puertas de Roma; el representante de Cristo salió a recibirle dispuesto a predicarle y vencerle con unas palabras de paz, pero al preguntarle: — ¿Quién eres tú, que así vienes a turbar la tranquilidad de la ciudad?—Contestóle Atila con firmeza:—Soy el Azote de Dios: palabra mágica; el Pontífice le dejó pasar ¿quién puede resistir la cólera de un Dios ofendido?

Pues bien, del reino de Satanás han salido ya las huestes masónicas, capitaneadas por el mismo Luzbel y están a las puertas de España, mejor dicho, han penetrado ya en ella, creyendo suyo el triunfo por no haber encontrado hasta hoy quién resistiera

sus embates de sectarismo, quien pusiera freno a la quema de conventos y a los innumerables decretos de persecución para los cristianos, como la disolución de los Jesuitas, prohibición de la enseñanza religiosa y tantísimos otros que ahora han sido brillantemente rematados por el digno broche de la Ley de Congregaciones.

Dejémosle pasar, puede que sea también el azote de Dios, pero seamos fuertes y no transijamos, que no logre llevarse el rico botín que ambiciona, es nuestro puesto que es de Dios, ¿sabéis cual es? El alma de los niños.

Crean fácil la conquista, porque quitando a estos pequeñuelos de la sombra de los religiosos y puestos bajo la influencia laica, esos corazoncitos se doblegarán fácilmente a su influjo, pero ellos ignoran que esos tiernos arbolillos, a los que pretenden ajar bajo la furia de los vientos procelosos del sectarismo, se alzarán luego con más bríos al calentarlos los rayos vivificantes del Sol Omnipotente.

Han llegado ya las horas de lucha para todo cristiano de corazón, pero nosotras las mujeres debemos armar nos con una espada de dos filos, de la que sólo se dan cuenta de su pinchazo, cuando están ya heridos de muerte; esa espada es la caridad.

No es suficiente dar una moneda al pobre que llama a nuestra puerta o implora la caridad pública en las calles de la ciudad, no; la caridad es una virtud muy excelsa para que sea practicada con rutina.

No debemos esperar que la desgracia nos llame, sino que debemos llamar nosotras a las puertas del dolor, a esas casas donde tiene su asiento la pobreza, donde reinan las enfermedades y falta muchas veces lo más necesario.

Introduzcámonos con cualquier excusa, procurando no herir su dignidad, que no por ser pobres carecen de ella. Tal vez nos reciban mal, más ¿qué importa? procuremos aliviar sus necesidades, asociémonos a su dolor, mezclemos nuestras lágrimas con las suyas, prodiguémosles palabras amables, que pocas veces las oyen y, finalmente, acariciemos a los niños que sólo así conquistaremos el corazón de las madres.

Dado el primer paso, todo ya es más fácil: nos recibirán hasta con cariño, entonces podremos remover unas cenizas que el lapso del tiempo apagó aunque no por completo, pues siempre se recuerdan las oraciones de la niñez; podremos señalar a los mayores la Mano divina que los hiere y enseñar a los benjamines nuestra sacrosanta Religión, ¡Pobrecillos, tal vez nunca nadie les habló de ella!

¿No tenemos unos divinos mandatos de: Vestir al desnudo: Visitar a

los presos y enfermos: Enseñar a los ignorantes: Consolar a los tristes y desconsolados?

Esa, esa es, la gran lucha de los cristianos. Si los poderosos se rebajaran hasta esos desgraciados y los trataran no de rico a pobre o de señor a esclavo, sino de hombre a hombre, de hermano a hermano, ¡cuán distintos serían los pobres! ¿No es ese el verdadero socialismo?

Luchemos compañeras, luchemos, que ya llegó la hora y ese es nuestro deber, pero no sólo con la oración, esa es la principal y debemos hacerla especialmente para los hijos de una madre siglo XX, sino también con nuestro esfuerzo personal, como la gran Agustina de Zaragoza o la intrépida Santa Juana de Arco. Luchemos para atraernos el corazón de los niños, que no nos lo arrebató el enemigo, pensemos que ellos serán los hombres que mañana han de regir los destinos de nuestra querida España, de la España grande de los Reyes Católicos, de Cortés y de Pizarro, en fin, de la España verdadera.

Debo terminar. Solo me queda rogaros que unáis a la mía vuestra voz. para ensalzar a esas tiernas Madrecitas que supieron amarnos y entre sus caricias de pequeñas, inculcarnos el amor Al que es grande y poderoso sobre todos los hombres (quizás sea este el gran delito que se les imputa) y que supieron hacer de nosotras verdaderas mujeres españolas y presenté-

mosles como ofrenda de agradeci -
miento los corazones de tantísimas
federadas, para que ellas a su vez
los depositen bajo

los depositen bajo el celeste manto de
la Pureza de María.

Margarita

Ex - alumna federada de Palma



EL RETRATO

Capítulo IV

Dos horas y media pasaron sin descanso para los pinceles de Alberto: dos horas y media que la imaginación de artista, sólo atendía a copiar exactamente en el boceto de su cuadro la grandiosa realeza de aquel busto en el que se adivinaba el aletear de un corazón de joven animosa, cuya sangre llena de fuerza, al converger en el pecho de doncella tan arrogante, parecía había querido señalar Dios el centro de sus sentimientos más nobles, más puros y elevados ocultando un corazoncillo tierno por su candor, pero abnegado y sublime por la grandeza de sus elevados amores, amores celestiales más que terrestres, divinos más que humanos, dispuestos al generoso impulso de la nobleza y del perdón.

Todo eso y más veía Alberto en tamaño de tanta y tan grande excelsi-

tud que su obra le estaba pareciendo mal, infiel, pequeña e infinitamente imperfecta al compararla con el modelo.

Mari-Luz, no representaba sólo para él, una virtud aislada, era el símbolo de todas ellas: a su bien templado espíritu correspondía un organismo perfectamente desarrollado; el singular gracejo denotaba a abundancia de factores delicadísimos en su alma, oscurecida por el origen de su nacimiento que el destino ocultara y que ella seguía ignorando aún.

—Hemos terminado por hoy, le dijo Alberto, ya ve V. como no es tanto el sacrificio a pesar de que se lo agradezco con toda mi alma.

—No diga V. esto señorito, musitaba Mari-Luz, entornando ruborizada sus hermosísimos ojos, han pasado ya más de tres horas...!

—Es verdad, añadió Alberto, mirando su reloj: tres horas y cinco minutos he trabajado y al fin.... Fijándose, nada satisfecho en su obra, si nos descuidamos

se esconde el sol entre aquellas montañas y es de noche; pero... cuando efectivamente será de noche para mí es cuando no pueda ver a V. y por eso Mari-Luz, quiero terminar mi obra para tener siempre a mi vista el sol más resplandeciente en el retrato de V.

Adiós, señorito, interrumpió ella inundada su cara por el más rojo subido afluyente de su sangre, lindo arrebol que en aquel momento la ponía a su hermoso rostro más cerca del Rey de los ángeles que de la tierra.

Alberto la detiene con palabras lisongeras.

Mari-Luz, nerviosa, azarada, no sabe como huir de aquel hombre, parece quiere leer en aquellos ojos lo que en su almita pasa, lo que piensa, lo que desea, diríase quiere penetrar hasta lo más recóndito de su conciencia, hasta comprender la lucha que en aquel interior noble y puro se está trabando y que por más que ella intente disimularlo, no puede conseguirlo. En esta porfía, quiere apartarse de él, la voz de su Angel Custodio le grita haciéndole ver falta a su obligación; su espíritu timorato se turba, mas, vencida por una fuerza irresistible a su débil carácter se aventura a escuchar el cálido canto del que por vez primera le habla de amor.

Conocía que era deber suyo, no detenerse, marcharse a la casa de los señores, donde la madre de Andrés,

indudablemente la estaba aguardando, pues todas las tardes, al regresar del rastrojo, iba a prestarle algunos servicios, y precisamente aquella era la hora.

Balbuzeando, a causa de su grandísima impresión, dejó entender su sufrimiento. Alberto la dijo:

—No, hija, hoy no te aguarda la señora, de sobra sabe no has ido a trabajar, a causa del retrato.

Agitada Mari-Luz, miraba a todas partes, no sabía que hacer. Luchando entre la pasión de una dicha que vislumbraba y el cumplimiento de un deber, no poseía aquella, ni cumplía con éste.

No hay nada tan dulce como el recuerdo de la felicidad, nada tampoco más horrible que el saber que la felicidad pasada fué conseguida faltando a las obligaciones, es decir, a espensas del deber. Mari-Luz, contrarió la voluntad de sus superiores, retardando su llegada y, por primera vez en su vida dejó de cumplir la misión confiada como doncella, en casa de la mamá de Andrés.

La señora disimuló la falta, aceptando como legal, la excusa del retrato; pues en el fondo del corazón de la zagala, quedó el remordimiento, borrándolo, luego el propósito de no entretenerse jamás en hablar al señorito.

Algunos días trascurrieron, practicando al pié de la letra, cuánto se propuso; pero una tarde volvió Al-

berto a entretenerla para decirle que muy pronto tendrían que despedirse pues los señores regresaban a la capital.

Tan inesperada noticia paralizó a la joven. Sueltas por los hombros las sedosas hebras de sus cabellos rubios y rizados, daban tan artístico marco a su rostro, que Alberto se sintió incapaz de transmitirlo al lienzo. Sin embargo lo intentó, ella estaba jadeante, el corazón oprimido cual uva en el lagar dejábanle en el triste pensamiento de su fracasada ilusión. Al fin, ella misma se reconvino interiormente de esta agitación esforzándose en serenarse, procurando encontrar, la pérdida calma; así luchando llegó la hora del descanso, mas no pudo conciliar el sueño. La luz del alba la sorprendió aún, en sus meditaciones. ¡Pobrecilla! Sus blandas almohadas, estaban mojadas por las lágrimas que en la soledad de la noche derramara y no teniendo a ninguna persona para hacerle sus confidencias, para enjugar su llanto, para endulzar su primera

agonía, acordóse de los consejos de las Madres del Asilo y fuese a postrar a los pies del Cristo de las penas, que en su misma alcoba estaba...

Algunos días trascurrieron veloces para Alberto, que no deseaba llegara el día de la despedida, pero fatalmente llegó. Los dueños de la Granja regresaban, a la capital y él debía seguirlos para reintegrarse luego, a su casa de América, donde residía su padre: buscando ocasión propicia para hablar a Mari-Luz, le hizo confesión ingenua de su amor, ratificando los juramentos de aquella tarde memorable. Dueña de sí misma, escucha atentamente cuánto le dice Alberto y es tanto el entusiasmo de sus palabras, que la zagala cree cuánto se le acaba de decir.

Desde aquel momento en que el alma de Mari-Luz hambrienta de ternura y sedienta de cariño, ansiaba hallar un corazón que respondiera a los latidos del suyo, siéntese feliz saboreando la dicha.

===== NOTICIAS =====

Conferencia a las exalumnas.—

Durante los días 20, 21 y 22 del pasado Septiembre las ex-alumnas del Colegio de Alcaicer fueron ilustradas con unas hermosas y prácticas Conferencias, a cargo del Rdo. Sr. don Alejandro Moreno García, Capelán del Colegio. La concurrencia fué muy numerosa, habiendo despertado desde el primer momento gran

interés; y no era para menos, toda vez que el tema desarrollado por el conferenciante no podía ser de mayor actualidad ni más sugestivo: «*Los deberes de la mujer esposa, de la mujer madre y de la mujer piadosa.*»

El resultado ha sido satisfactorio y halagüeño. El fruto, a juzgar por los dichos y hechos de los asistentes, extraordinario.

Hondamente impresionadas y profundamente convencidas, hemos visto salir a todas, y lo que es más, firmemente decididas a obrar en lo sucesivo de acuerdo con estas impresiones y convicciones.

Nuestra más efusiva felicitación al conferenciante, a las R. R. Madres del Colegio que siguen preocupándose por el bien de sus antiguas alumnas, y a éstas por su asistencia y por su entusiasmo.

Destinadas por la Junta de Acción Católica de Palma, salieron para Madrid, el 1.º de Octubre, asistentes ex-alumnas federadas, señoritas Catalina Bestard Sala, Angela y Juana Bibiloni Rosselló, para asistir al curso que el *Centro de Cultura Superior Femenina*, Institución Universitaria, de Madrid, ha organizado para formar propagandistas y directoras de obras sociales y femeninas, encaminadas a combatir la *coeducación* y el *laicismo* condenados por la Iglesia.

Celebróse con toda solemnidad, el 15 de Octubre en el Colegio de Palma la fiesta de la Pureza de María Santísima.

Por la mañana, misa de Comuión general que celebró el M.I. Sr. D. Francisco Esteve, y misamayor con sermón a cargo del Rdo. P. Munar de los SS. CC.

Por la tarde, la distribución de premios, presidida por el Excmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo - Obispo.

Los primeros premios, a las alumnas internas fueron adjudicados a la señorita Francisca Oliver, banda blanca de primera clase; Margarita Sagera, María Julia y Antonia Darder, banda azul de primera clase; María Aguiló, primer premio de comportamiento; Catalina Homar, primer premio de estudios.

Los segundos premios los obtuvieron las señoritas: Antonia Moner, Luisa Valenzuela, Carmen Planas, María Pujol, Jerónima Barceló, Catalina Moncada, María Caldentey, Francisca Puígserver, Pilar y Micaela Casasayas.

A las alumnas externas se concedió banda blanca de primera clase a las señoritas; Victoria Mir y M.^a Luisa Font. Banda azul de primera clase a las señoritas: Antonia Servera y Margarita Garau.

Merecieron segundos premios las señoritas: María Mir y Francisca Rotger.

En la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de Palma, el día 28 de Octubre se efectuó el enlace de la ex-aluuma federada señorita Isabel Jaume Rovira con el joven empleado del Ayuntamiento D. Pedro Costa Díaz.

Felicitamos a tan distinguidos desposados y a sus familias.



Clara Nely de Armas, M.^a de la Presentación Pallero y Nieves Botella
Alumnas del internado de santa Cruz de Tenerife.

LOS AÑOS SANTOS

Sabido es que el jubileo del Año Santo, consiste sustancialmente en una serie de peregrinos que de todas partes del globo acuden a Roma para visitar las cuatro grandes basílicas de San Pedro, San Pablo, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor y ganar la especial sacra indulgencia que se concede.

He aquí la serie de todos los Años Santos que se han celebrado, incluso el que en la actualidad se está celebrando.

1.º El año 1300 siendo Pontífice Bonifacio VIII.

2.º id., 1350 id., Clemente VI.

3.º id., 1390 id., Urbano VI.

4.º id., 1400 id., Bonifacio IX.

5.º id., 1422 id., Martín V.

6.º id., 1450 id., Nicolás V.

7.º id., 1475 id., Sixto IV.

8.º id., 1500 id., Alejandro VI.

9.º id., 1525 id., Clemente VII.

10 id., 1550 id., Julio III.

11 id., 1575 id., Gregorio XIII.

12 id., 1600 id., Clemente VIII.

13 id., 1625 id., Urbano VIII.

14 id., 1650 id., Inocencio X.

15 id., 1675 id., Clemente X.

16 id., 1700 id., Inocencio XII.

17 id., 1725 id., Benedicto XIII.

18 id., 1750 id., Benedicto XIV.

19 id., 1775 id., Pío XII.

20 id., 1825 id., León XII.

21 id., 1900 id., León XIII.

22 id., 1925 id., Pío XI.

23 id., 1933 id., El mismo.

En la afluencia de peregrinos que acudieron a Roma para ganar el jubileo de dichos Años Santos, mencionaremos algunos. En el primer año estaban Carlos Martel, rey de Hungría; Carlos de Valois, hermano de Felipe IV rey de Francia; los pintores Giotto y Cimabué y el poeta Dante Alighieri; en el segundo Santa Brígida con su hija Santa Catalina; el rey de Hungría. Luis I y el poeta Petrarca; en el sexto acudieron San Juan de Capistrano, San Pedro Regalado, San Diego de Alcalá y además Santa Catalina de Bolonia y Santa Rita de Casia; Fernando, rey de Nápoles; Cristian I, rey de Dinamarca; Carlota, reina de Chipre; Catalina, reina de Borsia y varios príncipes; en el décimo, estuvieron San Felipe Neri, San Ignacio de Loyola y el gran pintor Miguel Angel; en el 11, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, por segunda vez, San Félix de Cantalicio y el poeta Tormato Tasso; y en el 18 asistió con los religiosos Menores Observantes, San Leonardo de Porto Mauricio

Por la transcripción

J. S. S.

La niña María Victoria Fuster Perelló, alumna de los Jardines del Colegio de Manacor, subió al cielo a los 3 años de edad, el día 30 de Junio.



María Victoria Fuster Perelló

Al asociarnos al dolor de sus afligidos padres no dudamos que su hijita, desde el cielo, impetrará para ellos resignación y bendiciones.

En Jumilla falleció, el 11 de Septiembre, D. Francisco Gregorio Pérez de los Cobos.

Reciba su familia nuestro sentido pésame y de manera especial sus hijas señoritas Genara y Josefa, ex alumnas federadas de aquel Colegio.

Dejó de existir, en Valencia, el 16 de Septiembre D. Fernando de Ayala, comandante de Infantería.

Su familia acogió, caritativamente, en los tristes días de Mayo de 1931, dos religiosas de la Pureza.

A su señora esposa, doña Paquita Alberti, exalumna del Colegio de Palma, y a sus hijas las señoritas Marta, Fernanda y Paquita alumnas federadas del Colegio de Valencia, enviamos la condolencia de nuestro sentido pésame.

En el Puerto de la Cruz (Tenerife) falleció doña Consuelo Ramírez, viuda de Seris - Gramer.

Nos asociamos a la justa pena de su afligida hija doña Isabel Seris- Gra-

nier de Tolosa y de sus nietas, las exalumnas federadas, señoritas Consuelo e Isabel Tolosa, unido al sentimiento de nuestra condolencia.

En el Puerto de la Cruz falleció el 6 de Octubre, doña M.^a de los Dolores de Rojas, Vda. de González de Chaves. Su muerte fué verdadero dechado de su vida, y hasta el último momento conservó la heroicidad de la mujer fuerte, católica y ejemplar madre de familia. A su hija doña M.^a Teresa y a su nieta doña M.^a Antonieta G. de Chaves de Machado, exalumnas federadas, y demás familia, junto con nuestras oraciones reciban la expresión de nuestra sincera condolencia.

Pedimos a los lectores de Mater Purísimas una oración para nuestros difusos.

El 16 de Octubre falleció en la Puebla doña Paula Caimari Serra, madre de la exalumna del pensionado de Palma, Señorita Margarita Cantarellas a quien enviamos nuestro más sentido pésame.

El 22 de Septiembre murió en Marratxí doña Juana M.^a Rigo Carrió, abuela de las exalumnas federadas del pensionado de Palma, señoritas María y Esperanza Cañellas a quienes enviamos nuestro sentido pésame.

El 2 de Octubre falleció en el arrabal de Santa catalina D. Pedro Tomás Nadal.

Reciba la familia nuestro sentido pésame, y especialmente su hija, la exalumna federada de Palma, señorita Francisca Tomás Jofre.

Falleció en Palma el 16 de Agosto D. Felio Morey padre de la alumna del externado, señorita Magdalena Morey Cruellas.

Enviamos a su atribulada familia nuestro sentido pésame..